

CON- FERÊNCIA CONFERÊNCIAS

LAS NUEVAS PARENTALIDADES Y LAS RELACIONES ENTRE LOS GÉNEROS

NOVAS PARENTALIDADES E RELAÇÕES DE GÊNERO

Juan Carlos Volnovich

Doctor Honoris Causa por la Universidad "Madres de Plaza de Mayo"
y la Universidad Nacional de San Luis.

Integra el Comité Científico del Foro de Psicoanálisis
y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.

jcvolnovich@gmail.com

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Volnovich J.C. (2021) LAS NUEVAS PARENTALIDADES
Y LAS RELACIONES ENTRE LOS GÉNEROS

Intercambio Psicoanalítico 12 (2),
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

LAS NUEVAS PARENTALIDADES Y LAS RELACIONES ENTRE LOS GÉNEROS

Juan Carlos Volnovich¹

1 Médico (UBA). Psicoanalista (renunció a la Asociación Psicoanalítica Argentina en 1971 integrando el Grupo Plataforma). Especialista en Psiquiatría Infantil (Ministerio de Salud Pública de Cuba). Doctor Honoris Causa por la Universidad "Madres de Plaza de Mayo" y la Universidad Nacional de San Luis. Integra el Comité Científico del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. jcvolnovich@gmail.com

Desde sus orígenes, la familia –el concepto de familia– ha ido cambiando en las diferentes culturas y a lo largo de la Historia para desafiarnos, ahora, con nuevas formas de vincularnos y modalidades diferentes de conformación y montaje.

Así como la conocemos, la familia surge con la disolución de la comunidad primitiva. La "casa", el hogar, surge como la primera forma de empresa privada, empresa propiedad del jefe de familia, destinada a la producción, el intercambio y la competencia con las otras "casas" para la acumulación del plus producto. Esto es: para la acumulación de la riqueza sobrante.

Pero no siempre había sido así: hasta que apareció la familia como institución --en la comunidad primitiva-- el trabajo y sus productos se realizaban en común de modo tal que la producción y los rasgos de parentesco reforzaban esos lazos colectivos. Fue solo con el surgimiento de la sociedad patriarcal que la vida social quedó dividida en dos esferas: la esfera doméstica y la esfera pública. Y estas dos esferas tuvieron una evolución muy desigual.

Mientras en la esfera pública se produjeron grandes transformaciones históricas, la esfera doméstica evolucionó muy lentamente.

Mientras los hombres llegábamos al espacio sideral y a la nanotecnología, las mujeres confinadas a la esfera doméstica siguieron administrando su precario taller individual.

Con el desarrollo del intercambio mercantil y la división de la sociedad en clases, los grandes progresos tuvieron su centro en la esfera pública, pero en el hogar, solo se consolidó la familia convencional tal como hoy en día la conocemos.

A partir de la disolución de las estructuras comunitarias y de su reemplazo por la familia patriarcal, el trabajo de la mujer se individualizó progresivamente y fue limitado a la elaboración de valores de uso para el consumo directo y privado. No obstante, segregada del mundo del plus producto, la mujer se constituyó en el cimiento económico invisible de la sociedad de clases. Por el contrario, el trabajo de los hombres se cristalizó, a través de diferentes modos de producción, en mercancías económicamente visibles, destinados a crear riqueza al entrar en el proceso de intercambio.

En el capitalismo –y hasta ahora no hay otro sistema a la vista—ya sea como propietario de los medios de producción o como operador de los mismos (por medio de la venta de su fuerza de trabajo) el hombre se definió esencialmente como productor de mercancías. Su posición social se decidió gracias a esta actividad, y su pertenencia a una u otra clase se determinó según la situación que ocupaba dentro del mundo creado por la producción de bienes para el intercambio.

La mujer, expulsada del universo económicamente creador del plus producto, cumplió, no obstante, una función económica fundamental. La división del trabajo le asignó la tarea de reponer la mayor parte de la fuerza de trabajo que mueve la economía, transformando las materias

primas en valores de uso para el consumo directo. Proveyendo de este modo a la alimentación, al vestido, al mantenimiento de la vivienda y a la educación de los hijos.

Dicho de otra manera: si el obrero tuviera que pagar, fuera del hogar, por su comida, la limpieza de su ropa y la crianza de sus hijos, necesitaría, para su subsistencia, un sueldo mucho mayor y la ganancia de su patrón sería mucho menor.

De modo tal que el mundo capitalista basa su subsistencia y rentabilidad en el trabajo invisible de las mujeres, el ama de casa, independientemente que ella trabaje, además, fuera del hogar. En este caso, el trabajo invisible se transforma en su segunda jornada laboral.

Esta primera división del trabajo que la familia impuso se instaló sobre las diferencias biológicas de los sexos: las funciones procreativas de las mujeres. El psicoanálisis vino a confirmar el biologicismo que subyace a esta concepción familiarista instalando el Complejo de Edipo –mamá, papá, hijo- como núcleo central de la constitución del psiquismo.

Pero, ¿Qué impacto tiene en la subjetividad de las mujeres el trabajo invisible que realizan?

El ama de casa, por ejemplo, cocina durante horas, produce algo importante y necesario: la comida. Pero ¿Cuál es el destino de ese producto?

Su consumo inmediato transcurre generalmente sin pena ni gloria. O con pena y sin gloria. Después de comer se levanta la mesa, se lavan los platos y cuando todo está finalmente limpio y ordenado como había estado antes de empezar a cocinar, el trabajo realizado durante horas, efectivamente se ha vuelto invisible. Lo mismo ocurre con la limpieza de la casa, el acondicionamiento y lavado de la ropa y todo lo demás.

Es ese trabajo invisible --el que está en la base de la subjetividad femenina decidiendo, consciente e inconscientemente, acerca de las frustraciones y la insatisfacción de las mujeres-- el que muchas veces las lleva al aislamiento y la depresión.

Todo esto es archisabido.

Todo esto está en La Ideología Alemana de Marx y Engels, y El Origen de la Familia la Propiedad Privada y el Estado de Engels.

Todo esto se sabe desde Hacia una Concepción Científica de la Emancipación de la Mujer de Isabel Larguía y John Dumoullin hasta La Mujer: sus Limitaciones y Potencialidades de Marie Langer.

Pero, como decía al principio, con el paso del tiempo algunas cosas han permanecido iguales y otras han ido cambiando. Y esos cambios produjeron reformulaciones significativas en las configuraciones parentales y los géneros.

Una de ellas ha sido la incorporación de los anticonceptivos que permitió a las mujeres –no a todas y solo un poco—pero les permitió asumir el control de su fertilidad.

La aparición de las nuevas tecnologías que tendió a anular las diferencias entre hombres y mujeres que se mantenía en función de la fuerza física.

Dentro del psicoanálisis, sin dudas, la aparición del Antiedipo de Deleuze y Guattari y la confrontación con el feminismo contemporáneo. Las crisis capitalistas que golpearon duramente al mercado laboral expulsando a una multitud de varones jóvenes que se quedaron sin futuro.

XX

En 1984 apareció el Manifiesto para Cyborgs de Donna Haraway, ese texto fundamental que marcó un antes y un después en las cuestiones que hoy nos convocan.

El Manifiesto apareció en 1984 pero fue recién a partir de 1991 que el Manifiesto tuvo difusión global.

1991 quiere decir que en este 2021 el Manifiesto cumple 30 años.

A partir del Manifiesto para Cyborgs las nuevas tecnologías comenzaron a tener un protagonismo diferente para el feminismo. La mitología que Donna Haraway introduce con el cyborg está apoyada en la crítica al sujeto autónomo y centrado de la modernidad. Haraway afirma que en el mismo instante en que las nuevas tecnologías impactan en los cuerpos de las personas, empiezan a generar nuevos tipos de subjetividades y nuevos tipos de organismo: organismos cibernéticos que ella llama cyborgs.

Un *cyborg* es un sujeto que se sabe “no todo”, que se reconoce incompleto y, por lo tanto, dispuesto a identificarse con el “otro” --con las mujeres, con las minorías étnicas y raciales, con los homosexuales, incluso como un otro “trans masculino”--; un sujeto en condiciones de renunciar a cualquier intención de dominio, liberado de toda pretensión hegemónica, centrada, estable.

Un *cyborg* es un trasgresor del orden de la cultura dominante, y no tanto porque la suya es una naturaleza construida, sino por su diseño híbrido. Un *cyborg* está abierto a todas las posibilidades del ser. No es un ser que proceda de la transmisión específica de un código heredado, sino el resultado de una ingeniería, resultado de un laboratorio, de la aplicación del conocimiento al deseo o a la voluntad. Por esta razón, el *cyborg* nos proporciona también un contexto privilegiado para estudiar la identidad de género como resultado de una producción simultánea de materia y ficción, cuerpo y cultura. La aventura del *cyborg* es, bajo esa perspectiva, la aventura misma del sujeto contemporáneo.

Mientras releo esto, así planteado, parecería que Donna Haraway asume una posición ingenua desde el punto de vista social. Pero nada del orden de la ingenuidad la habita. Haraway alerta contra esas nuevas configuraciones posmodernas del poder en manos de las corporaciones multinacionales, los ingenieros genéticos o los magnates de los medios de comunicación. El manifiesto para *Cyborgs* es, así, un grito de alarma. Una llamada política y estratégica para evitar caer en una realidad marcada por la opresión. Haraway reclama una participación en la construcción de un futuro mejor cuando afirma que (y la cito) “... nuestro reto es luchar por un cyborg emancipado: por la fluidez, por lo heteromórfico y

por la confusión de los límites; por el control de las estrategias posmodernas, por las condiciones y las interfaces limítrofes...”

A pesar de haber sido ella quién anunció el cambio, Donna Haraway no se reconoce ciberfeminista. Es Sadie Plant quién nos recuerda en Ceros y Unos que el primer Manifiesto Ciberfeminista fue gestado por un grupo de artistas plásticas australianas y nació el 20 de septiembre de 1997, durante la Primera Internacional Ciberfeminista en la Documenta X.

Sin lugar a dudas, Sadie Plant y Sandy Stone son los mejores puntos de acceso a la teoría ciberfeminista contemporánea. A Sandy Stone se la considera fundadora de los estudios transgéneros y tanto su obra como su vida son fascinantes. De joven, en su época de varón con barba, fue la ingeniera de sonido de Jimi Hendrix y de grande redactó el Manifiesto Postransexual y publicó La Guerra del Deseo y Tecnología, obras con las que revolucionó el mundo trans. (Estamos hablando de la década del 70 del siglo pasado)

Ahora, quisiera reparar en el territorio que el ciberfeminismo está disputando, teorizando y ocupando activamente.

¿Cuál es ese territorio?

Claro está: el ciberespacio. Pero no sólo eso. El ciberespacio es solo una pequeña parte del territorio que el feminismo pretende, ya que la infraestructura que crea este mundo virtual es inmensa. La fabricación y diseño de hardware y software es de una importancia clave, aunque mucho más importantes aún son las instituciones que capacitan a los que diseñan los productos de la cibercultura. Obviamente, la inmensa mayoría de los productos que circulan en el mercado están diseñados por hombres para hombres de negocios y por hombres para operaciones militares. Desde los orígenes, la alta tecnología ha sido proyectada, consumida y manipulada en favor del sexo masculino. Desde los orígenes de la socialización y de la educación la tecnología y todo el proceso tecnológico ha sido desplegado en clave masculina. Cuando las mujeres manipulan tecnología compleja de forma productiva, el hecho se registra como excepcional.

Esto no quiere decir que las mujeres no usen tecnología compleja. Las mujeres integran un segmento de población consumidora nada despreciable y colaboran generosamente en la reproducción de los valores instituidos. Por ejemplo, la mayoría de las empresas comerciales y las industrias están encantadas cuando ponen computadoras en manos de las mujeres empleadas para que manejen programas complejos, las comunicaciones a través de las redes o administren las finanzas de las empresas. Si las computadoras las hace más productivas...todo bien. Si las computadoras las hace más productivas...mucho mejor. De ahí que debamos sospechar del avance que supone el creciente número de mujeres que circulan por la red. Ese dato no necesariamente debe leerse como indicio de haber llegado a esa tan anhelada igualdad entre los géneros.

Es una situación muy similar a la que ocurrió en los Estados Unidos y en las clases acomodadas de los países periféricos cuando a finales de los años 50 y principios de los 60 del siglo pasado los maridos de clase media estaban más que satisfechos de comprar un segundo automóvil para sus mujeres en tanto y cuanto ello las hiciese más eficientes en sus labores domésticas y en las tareas de crianza. En ese caso la tecnología fue usada para aumentar el confinamiento de las mujeres dentro de su rol tradicional y no para liberarlas.

De todos modos, si bien el acceso de las mujeres a la tecnología es una consecuencia de necesidades económicas estructurales, eso no quiere decir que la liberación de las mujeres pase por la renuncia a la tecnología. Antes bien, de lo que se trata es de producir cambios ideológicos que ayuden a la emancipación *on line* de las mujeres.

El Movimiento *MeeToo* fue un buen ejemplo de como las mujeres lograron hacerse escuchar. *Mee Too* surgió el 14 de octubre de 2017 cuando la actriz Alyssa Milano denunció que había sido objeto de acoso sexual por el productor de cine Harvey Weinstein. El 15 de octubre del 2017 un día después, el *Mee Too* fue replicado más de 200 000 veces. El 16 de Octubre fue tuiteada más de 500 000. En Facebook el *hashtag* fue utilizado por más de 4.7 millones de personas y tuvo 12 millones de entradas durante las siguientes 24 horas.

Pero antes, en julio de 2016, una publicación en las redes sociales de la periodista Anastasia Melnichenko se volvió viral. Una Multitud de mujeres --y algunos hombres--, en Rusia y Ucrania comenzaron a publicar en las redes sociales utilizando la etiqueta *#IAmNotAfraidToSpeak* sus historias personales de abuso y acoso sexual.

La viralidad del *Mee Too* fue asombrosa, no obstante... ¿Dónde fue a parar el Movimiento *Mee Too*?

Fue una verdadera explosión mundial pero cuando dentro del Movimiento las mujeres se enfrentaron a las diferencias ideológicas y políticas existentes entre las mujeres palestinas y las israelíes, se desinfló. Y una parte de ese movimiento, seguramente la más progresista, confluyó con el antirracismo incorporándose al *I can't Breathe* de John Floyd.

Ahora, volvamos al *cyborg*.

Antes recordé que hace 30 años Donna Haraway publicó el Manifiesto para Cyborgs.

Pues bien, la misma Donna Haraway nos dice que hoy en día no nos queda más que el **parentesco consciente**, una tecnología para construir lazos con otros.

Hagamos parientes, no hijos, dice.

Según ella estos tiempos confusos, son solo resistibles si armamos espacios de refugio que superen las limitaciones del holoceno, nuestra ya vieja modernidad, esa tan de humanos y sociedades.

¿Cabe hacer lo de siempre, seguir haciendo lo mismo se pregunta: ir hacia atrás, ser más humanos?

O, al contrario, debemos asumir el problema y sobrevivir en este mundo herido. Lo primero supone la Historia, la Ciencia, el Progreso. Los viejos trucos.

Lo segundo, el pacto: hacer ensamblajes, asambleas, refugios para distintos, lazos sociales con los diferentes.

La cito "Parentescos pues, voluntarios y sin biología. Estoy harta de establecer vínculos a través de la familia y ansío modelos de solidaridad, de unidad y diferencia humanas basados en la amistad, el trabajo, los objetivos parcialmente compartidos"

"Mi propósito es hacer que 'pariente' signifique algo diferente, algo más que entidades conectadas por sus ancestros o su genealogía. A fin de cuentas, pariente tiene que ver con relación, aunque sea bizarra: relación con máquinas, relación entre vivos, relación con plantas, relaciones en cadenas que nos ensamblen a comunidades de otros supervivientes de esta crisis perpetua, aunque las entidades con las que conecte sean las que conviven en una red confusa que incluya un champiñón, mi vecino, un mercado de comida japonés y un refugiado en el norte de California." (cierro la cita)

El parentesco al que nos invita Haraway en Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno --tal el título de su nuevo libro--no es entonces un parentesco de los que se heredan, es un lazo que se hace. De modo tal que "hacer parientes y no bebés" se nos propone como método de supervivencia. Y también como método para el trabajo intelectual.

Frente al antropoceno – esa etapa geológica en la que estamos, caracterizada por la destrucción del Planeta a causa de la actividad depredadora del capitalismo—ella propone advenir al Chthuluceno, etapa en la que el espacio y el tiempo estén al servicio de la sanación parcial, la regeneración de los tentáculos amputados.

Para Haraway los tentáculos se restauran a partir del rediseño, en el contacto, en los vínculos de unos con otros, un modo de producir saber a partir de la articulación y la posibilidad de crear responsabilidades y habilidades para responder ante un Planeta que necesitamos pero que no nos necesita. En definitiva, la resistencia a entregarnos a un apocalipsis fatalista.

Pero Haraway va más allá: ante la preocupación por la superpoblación humana estimada para finales de siglo XXI, ante el colapso ecosistémico, ella apela a un escandaloso llamado a generar parentescos extraños, antiespecistas y celebratorios para quienes eligen no traer descendencia a este mundo.

Releo lo que acabo de escribir y me quedo dudando acerca del carácter "escandaloso" del llamado a generar parentescos extraños, antiespecistas. ¿Acaso es tan escandaloso lo que hace pocas semanas fue de dominio público?

En la provincia de Chubut, un sargento de la Policía fue condenado a la cárcel e inhabilitado para ejercer su profesión por haber asesinado con su arma reglamentaria a una perrita en la localidad de Playa Unión.

Por el contrario al xenofeminismo le interesa construir un futuro extraño y, para lograrlo, debe enfrentarse a la tentación de reproducirse biológicamente para dar lugar a nuevas formas de familia y cuidado aprendiendo del modelo de parentesco queer.

Nuevamente: “Hagan parientes y no bebés”, la consigna de Donna Haraway.

La consigna de producir parentesco, por encima y contra la práctica habitual de hacer bebés, cobra sentido cuando se la entiende como un llamado a priorizar la generación de nuevos tipos de redes de contención, en vez de fomentar la irreflexiva reiteración de lo mismo.

Lo que Helen Hester propone es desfamiliarizar la familia biológica y al mismo tiempo refamiliarizar las redes alternativas de solidaridad e intimidad para que se vuelvan más abarcativas y estén al alcance de la mayor cantidad de personas posibles.

¿De qué manera, asegura, vamos a poder pensar la reproducción –incluso en el sentido de asegurar la supervivencia de otros en el futuro– sin reproducir lo peor de la futuridad reproductiva? Una futuridad donde el futuro se observa solo para algunos niños, porque ni los niños racializados, ni los colonizados, ni los queer ni los que necesitan cuidados diferenciados están incluidos ahí.

Las nuevas parentalidades y las relaciones entre los géneros.

El título de esta conferencia me ha traído hasta aquí.

Aquello que en sus comienzos fue conceptualizado como identidad de género, que quedó casi superpuesto a identidad sexual, fue variando al punto tal que hoy en día tiende a su propia disolución. Y las luchas feministas comenzaron a acompañarse de posiciones anticapitalistas, antirracistas, antiespecistas, anticapacitistas.

Por mi parte tengo una enorme admiración por la obra de las autoras que cité hasta aquí y tengo, también, profundas diferencias. ¿Cómo no tenerlas con Donna Haraway si la lucha de clases es un referente omitido en su obra? ¿Cómo no tenerlas desde mi posición abolicionista con respecto a la prostitución, cuando Helen Hester la glorifica como trabajo sexual comercial?

Pero hay algo más aún. No ha sido una elección inconsciente la que dictó este texto o, al menos, no ha sido solo una elección inconsciente la que me llevó a compartir con ustedes una línea de pensamiento que partiendo de Marx, Engels, Largía, Domoullin y Marie Langer me llevó a Donna Haraway y Helen Hester, Sadie Plant y Sandy Stone, autores y autoras, todos, que produjeron y producen desde los centros metropolitanos.

Pero ahora, estamos en un Congreso de la FLAPPSIP. La Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis y ese signifiante América Latina tiene una espesura significativa. Quiero decir:

No les será difícil --a quienes me hayan seguido hasta aquí-- comprobar que esa línea de pensamiento, esos autores, dan cuenta de mi propio

eurocentrismo y de la colonialidad que me constituye. Esto me supone, claro está, atravesado por la colonialidad del poder, por la colonialidad del saber, por la colonialidad del género pero, también, produciendo y reproduciendo subjetividades colonizadas.

Porque obviamente tanto Marx como Freud –y todos los autores citados- nacieron y produjeron en medio del colonialismo europeo y angloamericano del siglo XIX y XX. Nosotros, los latinoamericanos los conocemos muy bien pero también sabemos que apropiarnos de la teoría universal incluye rebelarnos frente a las normativas del centro; aprendimos cómo adueñarnos de las categorías teóricas puestas en circulación por las metrópolis sin que eso signifique plegarnos a las jerarquías del poder central

En América Latina el colonialismo finalizó en el siglo XIX mientras en África y Asia lo hizo recién en el siglo XX. En América latina el colonialismo finalizó en el siglo XIX pero no la colonialidad, que persiste hasta el día de hoy. Cuando hablo de colonialidad lo hago como referencia a la lógica cultural del colonialismo, es decir al tipo de herencias coloniales que persisten y se multiplican incluso una vez que el colonialismo ha finalizado. ¿Y cómo comenzó?

En 1492, cuando los europeos llegaron a estas costas, no existía Europa y tampoco existían los blancos y los indios. Quiero decir: no existía el concepto de “raza”. Esas categorías étnicas “blanco”, “indio”, “negro”... categorías que unificaron civilizaciones internamente muy diversas (y que, insisto, hasta la llegada de los “europeos” a América no existían) acabaron convirtiéndose en la matriz cultural del sistema mundial¹. De modo tal que la instalación de la categoría de raza fue el hecho decisivo: resultó ser el más perfecto instrumento de dominación social inventado en los últimos 500 años.

Con la maniobra de establecer las diferencias de razas se abrió el camino a convalidar las desigualdades y, de ahí, nomás, en un viaje sin escalas, a la jerarquización que supone la inferioridad de una de las partes. Con la maniobra de racializar a los pueblos en función de las diferencias biológicas no solo se puso en marcha un fenomenal aparato de discriminación negativo basado en el fenotipo de las personas sino que se habilitó el racismo epistémico en el sentido que el patrimonio de las razas

1 Puede ser que el concepto de “raza” como base de la colonialidad del poder introducido por Anibal Quijano tienda a invisibilizar, con pretensiones totalitarias, el análisis interseccional de raza, género, clase, etc, pero aun así es muy posible que el trabajo libre asalariado como forma principal del capitalismo no hubiera podido desarrollarse sin las colonias. Sin los esclavos africanos y sin la servidumbre de los indios no habría capitalismo.

subordinadas, sus valores, sus producciones, sus sistemas de creencias, quedaron desacreditados e inferiorizados.

En el inicio fue la invención de la raza y la invención de la raza permitió establecer una jerarquía colonial que otorgaba a los blancos ---más tarde llamados “europeos”---el control y el aprovechamiento del trabajo de las otras razas. Sobre el cimientó de la raza y de la racialización se apoyó la explotación del trabajo y el patrón colonial que fundó y organizó el camino del capitalismo que ha llegado triunfante hasta nuestros días.

Es Anibal Quijano quién afirma que América inventó a Europa, y fundó el capitalismo mundial a partir de la colonialidad que solo pudo darse con la espada y con la cruz. Pero la espada y la cruz de nada hubieran servido si antes no hubiera operado el concepto de raza y el racismo. Y después, en el siglo XIX, cuando América se independizó de las metrópolis europeas, cuando aparecieron nuestras patrias, no hicieron otra cosa que reemplazar a la colonia conservando el ideario colonial; antes que deshacer la colonialidad, los estados nacionales reprodujeron y reforzaron el patrón colonial para garantizar la explotación del trabajo, claro está, pero también para preservar la colonialidad del saber.

Antes que deshacer la colonialidad, los estados nacionales postularon e idealizaron el “crisol de razas americano”.

Dije antes que la instalación de la categoría de raza fue el hecho decisivo: resultó ser el más perfecto instrumento de dominación social inventado en los últimos 500 años. Pero la instalación de la categoría raza incluyó, inevitablemente, su par agregado: el eurocentrismo del orden mundial. Porque, desde el inicio de la colonización y la conquista, desde el mismo comienzo, los futuros europeos asociaron el trabajo no pagado, el trabajo esclavo, con las razas dominadas, las razas inferiores. La inferioridad racial de los colonizados implicaba que no eran dignos de recibir un salario como forma de pago. Así, la racialización de la mano de obra --la reducción de las poblaciones no blancas al trabajo servil o esclavo-- esa jerarquía colonial, contribuyó generosamente a la construcción de un mundo centrado en Europa. El trabajo asalariado como acuerdo entre capitalistas y clase obrera masculina de origen europeo --entre los blancos europeos y los blancos criollos-- pudo darse solo a costa de los trabajadores no asalariados (“negros”, “indios”). Pero hay algo más; ese pacto de caballeros que salvó a los hombres blancos pobres de caer en la esclavitud los liberó del trabajo doméstico...y ese trabajo doméstico cayó inexorablemente sobre los esclavos y las mujeres. La subordinación de las mujeres fue el precio que los varones colonizados pusieron para poder conservar cierto control sobre sus sociedades. Para eso fue necesario domesticar a las mujeres en las metrópolis y luego sobreexplotar a las mujeres de las colonias. En Europa la caza de brujas que se puso en marcha a partir del siglo XV y la Santa Inquisición Católica aportaron sin límites a esa “causa”. Las violaciones masivas de las mujeres indígenas, la esclavitud y la servidumbre letal...esa “domesticación” practicada en las colonias permanece hoy en día y se expresa como femicidios, tráfico y prostitución de mujeres pobres, maquilización feminizada.

En los actuales centros capitalistas el menor salario a las "razas inferiores" por igual trabajo que el de los blancos es residuo apenas atenuado de ese racismo colonial. En las "democracias capitalistas" actuales, solo a partir del carácter racista del pacto, las mujeres blancas metropolitanas han podido beneficiarse arrancándole una cuota económica y política al poder de los hombres blancos mediante el privilegio heterosexual que aporta el matrimonio y usufructuando de la inferioridad de derechos civiles de las "negras" y las "indias". El avance de los proyectos emancipatorios de las mujeres blancas ha dependido de la sobreexplotación de las mujeres "negras", "latinas", e "indígenas" dentro de sus países y, también, de las mujeres de la periferia; esa explotación se extiende, hoy en día, a las mujeres migrantes en el contexto de la economía global. No. No siempre fue así. Antes que los españoles llegaran a lo que hoy se conoce como América Latina, la Abya Yala estaba poblada por una multitud de culturas diferentes.

Rita Segato reconoce un patriarcado de baja intensidad en algunas culturas originarias pero María Lugones prueba que el concepto de género (y hasta el de sexualización) eran inexistentes antes de la colonización (al menos en las sociedades Yorubas). María Lugones afirma que tanto el proceso de racializar como el de generizar a los pueblos se dieron simultáneamente en el operativo del sometimiento.

XX

Entonces si comencé diciendo que desde sus orígenes, la familia –el concepto de familia-- ha ido cambiando en las diferentes culturas y a lo largo de la Historia para desafiarnos, ahora, con nuevas formas de vincularnos y modalidades diferentes de conformación y montaje...si comencé aludiendo a los orígenes de la sociedad patriarcal y seguí internándome en los orígenes de la sociedad colonizada...terminaré, ahora, rindiendo homenaje a las feministas y psicoanalistas latinoamericanas de quienes tanto aprendí y a las que tanto debo.

A Marie Langer, Martha Rosemberg, Isabel Larguía, Eva Giberti, Irene Meler, Ana María Fernández, Mabel Burín, Irene Fridman, Debora Tاجر, Virginia Vargas, Rita Segato, Carmen Da Silva, Virginia Leone Bicudo, Leila González (la del feminismo negro), Bertha Lutz, Sueli Rolnik, Marta Lamas, Marcela Lagarde, Ana Laura de Giorgi, Pilar Errazuris, Silvia Rivera Cusicanqui y tantas, tantas más.